

La «Nueva Raza» argentina en el Museo Histórico Nacional

BREA DULCICH, Nicolás de / Museo Histórico Nacional – ndebreadulcich@outlook.com

Eje 4. Representación monumental, opinión y espacio público

Tipo de trabajo: ponencia

Palabras clave: racismo – identidad – nacionalismo – representaciones étnicas
eurocentrismo – Estado nacional

Resumen

En este trabajo nos proponemos examinar y describir la mirada ideológica sobre la cual se apoyó el Museo Histórico Nacional en su gestión fundacional. Específicamente, buscamos rastrear algunos de los hitos sobre los que se construyó la idea de «la Argentina» que se materializó en las salas, en parte del patrimonio de la institución y en diversos escritos de su fundador, Adolfo Pedro Carranza. Abordamos críticamente el concepto de nación desde una óptica de representatividad étnica. Partimos de la hipótesis de que existió un sesgo en favor de relatos tendientes a incluir, casi exclusivamente, a figuras y personalidades «históricas» pertenecientes a poblaciones europeas y/o a sus descendientes.

Introducción

En este trabajo partimos de la idea de que, hacia fines del siglo XIX, existía una asunción generalizada en torno al papel que el Estado argentino debía asumir en cuanto al control del pasado. En este sentido, los museos se constituyeron como íconos de referencia desde los cuales emanaba no sólo información sobre dicho pasado sino, también, sobre su presente y una imagen de futuro (Podgorny, 1998).

Nos apoyamos en fuentes disponibles en el Archivo Histórico del Museo, específicamente en el Fondo Adolfo Pedro Carranza. Se trata de un corpus material realmente extenso y valioso, con muchas fuentes inéditas (compuesto por documentación personal; diarios; memorias personales; escritos; agendas; tarjetas particulares e institucionales; esquelas; homenajes; correspondencia personal e institucional; postales, láminas, medallas y placas; documentación sobre celebraciones por el centenario de la revolución de mayo, por el centenario de la Independencia y sobre la creación de un panteón nacional). Asimismo, en este trabajo utilizamos las fuentes existentes en el Archivo

Documental del Museo que centraliza la totalidad de los legajos correspondientes a cada una de las piezas que conforman el acervo patrimonial de la institución.

Con el fin del período de guerras civiles que había precedido al proceso revolucionario de comienzos del siglo XIX en el Virreinato del Río de la Plata, los sectores vencedores avanzaron en dirección a una compleja etapa de institucionalización que concluyó con la formación del Estado argentino. Esta fase supuso, entre otras cosas, una definición del rol económico que la nueva nación debía jugar en el mercado global. En el marco de la división internacional del trabajo, la incipiente economía argentina se situó en el grupo de proveedoras de materias primas, hecho que trajo aparejadas un conjunto de transformaciones estructurales con fuerte impacto local (Rapoport, 2010). Entre ellas, debemos destacar la masiva llegada de extranjeras y extranjeros que inmigraron a estas tierras en pleno proceso de «modernización» y el aniquilamiento y/o desplazamiento de poblaciones originarias de enormes porciones de tierra en el Chaco y la Patagonia (Devoto, 2003; Briones y Delrio, 2007).

De esta manera, las élites locales se vieron arrastradas hacia un movimiento nacionalista que «demandaba» la creación y demarcación de una nación. Entonces, resultaba fundamental establecer los límites temporales de esa nueva «argentina» que sería presentada ante los ojos del mundo, de los millones de extranjeras y extranjeros que arribaban a estas tierras y ante la propia ciudadanía local en gestación. Pero, para hacerlo de forma eficaz, primero había que definir ciertas cuestiones ¿Qué era la Argentina? ¿Desde cuándo había existido? ¿Dónde empezaba y dónde terminaba? ¿A quiénes incluía y a quiénes no?

Ese complejo de reparticiones que era el Estado, en tanto, sometió a la historia desde fines del siglo XIX a un reclamo específico: su participación en la empresa de afirmación de una identidad colectiva nacional (Cattaruzza y Eujanian, 2003, p.12).

En un acto de ficción forzada, se consideró necesario tener que inventar una tradición capaz de dar coherencia y sentido a aquello que estaba siendo organizado. La clave *nacional* fue la elegida para tal propósito. En el caso específico del Museo Histórico Nacional, podemos ver con claridad que el puntapié inicial de «nuestra tradición» fue fijado en la Revolución de Mayo y las guerras de independencia. Desde ya que esto no fue definido ni resuelto únicamente en el seno de esta institución, sino que se trató de un debate mucho más amplio que excedió al Museo y que formó parte de un elaborado consenso historiográfico y cultural hacia fines de siglo XIX. Tampoco se trató de una decisión unánime ni sencilla pero el Museo Histórico Nacional efectivamente participó en su debate y posterior afirmación (Burucúa y Campagne, 1994; Devoto y Pagano, 2009).

Establecer el inicio de nuestra nacionalidad implicaba una toma de posición muy relevante para aquella coyuntura política y sus perspectivas de futuro, con especial énfasis sobre las generaciones venideras. Se trató de un movimiento tendiente a crear y consolidar un verdadero *mito de origen* nacional. Como cualquiera puede conjeturar, no se trató de una labor corriente ni, mucho menos, fácil de resolver. Delimitar la cronología nacional equivale a definir no sólo el puntapié inicial de la *comunidad imaginada* argentina, es decir, el «momento» histórico exacto en que surge la nacionalidad en tanto *artefacto* (Anderson, 2011) sino y, sobre todo, refleja un acto de poder tendiente a perseguir la configuración identitaria del conjunto desde una perspectiva esencialista. Y al hacerlo de la forma en que se hizo, desestimó una enorme diversidad étnico-cultural e impuso, de forma unilateral, una única noción de «nosotros/as» que excluyó (por omisión deliberada) a los/as no deseados/as.

A lo largo de la década de 1890 se hizo cada vez más evidente la consolidación de una concepción cultural esencialista de la nación y el vuelco hacia ella de algunos sectores de la elite dirigente estimulando rumbos de acción en ese sentido. Se afirmó la existencia de una nacionalidad, de una raza concebida de forma ideal que sustentaba y legitimaba la nación a la que se quería dotada de un alma. A tal idea de nación correspondía una nacionalidad cuyos rasgos no serían el futuro producto de la mezcla (...) sino los ya prefijados y establecidos desde los inicios de la historia patria, como la constante expresión de ese ser único, una de cuyas más importantes manifestaciones era la existencia de un idioma propio (Bertoni, 2007, p. 311)

Resulta evidente que quienes estuvieron involucrados en la gestión fundacional del Museo Histórico Nacional no fueron los únicos responsables de definir la «auténtica» y «definitiva» cronología nacional. Más bien, fue un proceso gradual que involucró a muchos actores (aunque casi todos ellos identificables dentro del mismo espectro social, económico, étnico, geográfico, religioso, de género, político y cultural, en un contexto local específico y dentro, a su vez, de un marco internacional particular).

Fue precisamente en este contexto que el Museo Histórico Nacional reprodujo una mirada eurocéntrica tendiente a situar a la nación en formación dentro del espectro conceptual del *mito de la modernidad* (Dussel, 1994). De acuerdo con esta perspectiva mítica, para entender la Modernidad no se necesita más que estudiar los acontecimientos intra europeos (la Reforma, la Ilustración, la Revolución Francesa, el progreso, la ciencia y la tecnología, el auge y desarrollo del individuo en tanto agente social, la libertad, la democracia, la lucha de clases, etc.) ya que son justamente ellos, y sólo ellos, los responsables de iniciar este nuevo paradigma. Desde esta ideología es que se generó la secuencia mítica Grecia-Roma-Europa Moderna. Ésta, al «raptar» a la cultura griega como exclusivamente europea y occidental, pretendió establecer una suerte de «destino manifiesto» de la civilización europea al ubicarla como heredera de una tradición de

culturas-centro de la historia mundial. Siguiendo este recorrido unilineal de «la» civilización, es que se llegó al modelo ario-racista de una cultura «superior» por definición.

Este mito logró imponerse a través de un largo proceso de organización colonial del planeta y una constitución colonial de los saberes, los lenguajes, las memorias y del imaginario, que tuvo como punto de partida la Conquista de América. A partir de ese momento, la Europa moderna:

(...) organiza la totalidad del espacio y del tiempo (todas las culturas, pueblos y territorios del planeta, presentes y pasados) en una gran narrativa universal. En esta narrativa, Europa es (o ha sido siempre) simultáneamente el centro geográfico y la culminación del movimiento temporal (...) Con los cronistas españoles se da inicio a la “masiva formación discursiva” de construcción Europa/Occidente y lo otro, del europeo y el indio, desde la posición privilegiada del lugar de enunciación ubicado en el poder (Lander, 2011, p. 20)

De esta forma, y por primera vez, la visión etnocéntrica de una civilización lograba hacerse efectiva; la Europa Moderna dejó de ser un sistema cultural más entre otros para establecerse no sólo por sobre sus antiguas culturas antagónicas (por ejemplo, la turco-musulmana), sino también como la cultura hegemónica a nivel global. Los (ahora) occidentales alcanzaron así a sentar las bases del primer patrón *mundial* de poder. Ese patrón de dominación entre colonizadores y colonizados fue organizado y establecido sobre la base de la idea de «raza», apareciendo así la identidad blanco-europea como contrapartida de un amplio abanico de nuevas identidades como las de «indios», «negros», «mestizos», etc., claramente represoras y negativas dado que despojaron y suprimieron múltiples identidades originales (como, por ejemplo, aztecas, incas, mapuches, ashantis, yorubas, etc.).¹ Estas nuevas identidades históricas, a su vez, comenzaron a ser asociadas a determinados roles y lugares dentro de la nueva estructura global de control del trabajo. La raza y la división del trabajo quedaron estructuralmente asociadas imponiéndose, de ese modo, una sistemática división racial del trabajo (Quijano, 2011, p. 226).

Dentro de este esquema, la Argentina que se buscó encarnar en el Museo Histórico Nacional era heredera de la secuencia mítica Grecia-Roma-Europa.² El lugar que les cupo a

¹ Desde el punto de vista científico, el concepto de raza humana carece de consenso. Sin embargo, el racismo es un fenómeno social lamentablemente extendido, con variantes específicas, por todo el mundo. Ver: Piazza (1997).

² Este mismo fenómeno fue advertido por Irina Podgorny (1995, p. 91) para el caso del Museo de La Plata: «tanto la ciudad como el museo son vistos en el horizonte de la época como monumentos del futuro promisorio de la Argentina. “Una ciudad trazada en la pampa lisa, cerca del gran río, que parece un mar” (Ward, 1890: 4) y que en pocos años ofrecía para admiración de la nación toda el encanto del triunfo sobre el desierto, era una evidencia material (del mismo rango que las paleontológicas y las arqueológicas) no de lo que había sido el pasado sino de lo que iba a ser el futuro argentino (...) esta evidencia-monumento adquiría proyección hacia el pasado a través de su mismo objeto y también mediante la combinación de los elementos arquitectónicos y estilísticos (...). Las líneas griegas, las alegorías a la ciencia a través de los bustos de “las principales glorias de las ciencias físico-naturales” y una decoración con un “carácter americano arcaico” armaban una genealogía que

los pueblos originarios de nuestro territorio dentro de la *comunidad imaginada* a escala nacional que fue reproducida por el relato del Museo Histórico Nacional es transparente.³ Desde la propia fundación aparecieron referencias a aquéllos exclusivamente en tres momentos fácilmente delimitables: el primero, a través de piezas arqueológicas, describía el pasado «inmemorial» en el cual los habitantes nativos de los actuales territorios argentinos vivían de acuerdo con sus propias normas y preceptos; el segundo, describía el proceso de la Conquista continental (con pinturas alusivas al desembarco de Cristóbal Colón o a los contactos y conflictos propios del período colonial);⁴ y el tercero, refiere a la llamada «Conquista del desierto» (con óleos paradigmáticos como el de la *Ocupación militar del Río Negro por la Expedición bajo el mando del General Julio A. Roca* pintado por Juan Manuel Blanes (1889) o con piezas, por demás controvertidas, como el sello personal del General Juan Calfucurá).⁵

De esta forma, la participación de los diversos pueblos originarios en la historia «nacional» quedó, desde un comienzo, totalmente desdibujada. El relato historiográfico prácticamente prescindió de ellos en su narración o, más precisamente, comenzó a narrar a partir de que *su historia* quedó «superada» por el propio devenir de «la historia».⁶ Pareciera

unía a Aristóteles, Descartes y a Burmeister en el marco de una América todavía no del todo iluminada por la razón. La proyección hacia el futuro era la promesa de iluminación que el mismo museo encarnaba».

³ Creemos que el término «Pueblos Originarios», como cualquier otro término empleado para denominar genéricamente a los pueblos que habitan y habitaron el actual continente americano desde hace miles de años es, en realidad, un término negativo. En este trabajo elegimos utilizar este término, a nuestro pesar, ante la imposibilidad práctica de referirnos a cada uno de ellos en singular.

⁴ En el óleo de Augusto Ballerini titulado *Desembarco de Colón*, por ejemplo, se ve en primer plano a un grupo de conquistadores llegando a la costa. Sobre el fondo, se alcanza a ver la silueta de algunos indígenas que corren, aparentemente asustados. En el óleo de Tomás Cabrera, por ejemplo, se representa el campamento que el Gobernador del Tucumán colonial, Gerónimo Luís de Matorras, había establecido en el Gran Chaco con el objetivo de parlamentar con los habitantes locales.

⁵ Sello grabado en bronce y montado en cobre que posee las siguientes leyendas: «General Juan Callfucura», «Salinas Grandes». En el lateral: «Regalo de Santiago Caccia a Don Juan Calfucurá – Rosario». En él se puede observar el escudo del gobierno de las Salinas Grandes, conformado por dos lanzas, una espada y una flecha, todo atado por boleadoras y rodeado por un círculo de rayos. Fue obsequiado a Calfucurá en 1859, en ocasión de haber llegado a Rosario representantes mapuches en viaje hacia Entre Ríos para recibir órdenes del General Urquiza en el marco de la planificación de hostilidades a las fuerzas de Buenos Aires. Colección Objetos de uso personal. MHN 12474.

⁶ La inclusión del Museo dentro de este esquema mitológico puede corroborarse desde el ingreso mismo al edificio. Sobre la galería de entrada, antes de la puerta de ingreso hacia la recepción, encontramos una serie de esculturas de mármol que confirman la noción genealógica que desarrollamos aquí. Estas efigies reflejan aquella mirada eurocéntrica que nos sitúa exclusivamente como «herederos/as» de la cultura europea prescindiendo absolutamente de cualquier tipo de referencia hacia el resto de las poblaciones de las que también descendemos los/as argentinos/as. Se trata de tres figuras muy potentes y caras al relato historiográfico del museo: la primera, siguiendo el orden de aparición para quien visita el edificio haciendo su ingreso desde la calle Defensa, representa al navegante genovés y conquistador Cristóbal Colón. La segunda, un busto que personifica al General José de San Martín. Y la tercera, otro busto que representa a la «República Argentina». Si bien no logramos encontrar información en los legajos que detallara la fecha de ingreso de dichas figuras al Museo ni, tampoco, conocer quién las ubicó en ese lugar, a través del cotejo de fotografías de archivo pudimos reconocer rápidamente que se encuentran dispuestas allí, al menos, desde algunos años después de la mudanza del Museo a la casona de la familia Lezama, en 1897.

haber sido una condición de «necesidad» que los pueblos originarios desaparecieran (físicamente, pero, sobre todo, simbólicamente) para que la Argentina y los/as argentinos/as florecieran en el mapa mundial de las naciones.⁷

En este sentido, resulta interesante pensar comparativamente la creación del Museo Etnográfico «Juan B. Ambrosetti» de la Facultad de Filosofía y Letras (Universidad de Buenos Aires) en paralelo con la fundación del Museo Histórico Nacional. Si bien no pretendemos agotar la temática en estas breves líneas, creemos que no es arriesgado pensar que uno y otro, a su modo, supieron complementarse en sus funciones. Porque, siguiendo a Andrea Pegoraro (2009), si el Museo Etnográfico fue pensado como una institución dedicada, entre otras cosas, a servir de «testimonio del pasado» (almacenando las huellas de los pueblos no-europeos que, desde una perspectiva evolucionista, «inexorablemente» habrían de desaparecer en manos del «progreso» de la civilización occidental), entonces podríamos arriesgar que el Museo Histórico Nacional funcionó como su contraparte. Es decir, el Museo Etnográfico se habría encargado de exhibir «lo exótico» precisamente para mostrar todo aquello que nos resultaba extraño y, por ende, ajeno a *nuestra* identidad (reafirmandola por la negativa); mientras que el Museo Histórico Nacional habría tenido la labor opuesta de mostrarnos aquello que sí nos representaba e identificaba (reafirmando nuestra identidad por la positiva), desde una perspectiva eurocéntrica, claro está, como una nación blanca y completamente ligada al mundo occidental. Volviendo sobre las palabras de Lilia Bertoni (2013, p. 311), se proyectaba «una nacionalidad cuyos rasgos no serían el futuro producto de la mezcla (...) sino los ya prefijados y establecidos desde los inicios de la historia patria».

Esta mirada negativa hacia las poblaciones originarias puede rastrearse incluso más allá del patrimonio y las salas del Museo Histórico Nacional. Entre la correspondencia de Adolfo Pedro Carranza, primer director (1889-1914) y figura clave del período fundacional de dicha institución, encontramos una carta, dirigida a su persona, firmada por Vicente Fidel López.⁸ En el siguiente fragmento, vemos la precisión con la que López se refiere a esta cuestión:

¡Qué lástima me inspira el Perú! Perú, aunque yo no le he de ver tengo la esperanza que cuando nosotros tengamos diez o doce millones de habitantes le llevaremos apoyo para limpiarlo de indios (que son su plaga) y fecundizar los gérmenes de una nueva nación regenerada.⁹

⁷ Existe abundante bibliografía que aporta pruebas contra la idea de esta «desaparición». Para más referencias, ver: Corach (2010) y Muzzio, Motti, Paz Sepulveda, Yee, Cooke, Santos, *et al.* (2018).

⁸ Adolfo P. Carranza [1857-1914]. Integrante de una acaudalada familia porteña, fue abogado, político, escritor y funcionario público. Creador de la *Revista Nacional*, fue autor de una veintena de libros y de cientos de artículos de temática histórica. Dirigió el Museo Histórico Nacional desde su creación hasta su muerte.

⁹ Carta de Vicente F. López a Adolfo P. Carranza. Buenos Aires, 19 de mayo de 1888. Correspondencia. FAPC. AH. MHN.

El sentido de esta transcripción es tan nítido que resultaría ocioso cualquier intento de explicitación. Las poblaciones originarias eran vistas como un escollo a sortear, un resabio de «salvajismo» local que debía ser superado para abrirnos paso hacia la «civilización». Incluso más; de acuerdo con Vicente Fidel López, «nosotros» estaríamos en condiciones de «llevar apoyo» al Perú para «limpiarlo de indios» dado que se descontaba el carácter netamente «blanco» y «europeo» de la población argentina.

Para despejar cualquier duda sobre la posibilidad de que este fragmento representase una opinión aislada entre los cientos de papeles que encontramos en el fondo Adolfo Pedro Carranza del archivo histórico del Museo, podemos apelar a otra de las tantas citas existentes entre la abundante tinta que apunta en esta dirección. Como, por ejemplo, este fragmento de que escribió el propio Carranza en una carta al Gral. Ignacio H. Fotheringham:¹⁰

Creo como Ud., general, que hay un olvido censurable para los héroes de la guerra contra el salvaje, y que si los gobiernos pueden ser acusados de ello, más deben serlo los muchos que usufructúan hoy con grandes ventajas estos campos regados con la sangre de los soldados de la patria y de la civilización.

Día llegará en que se realice mi idea de erigir un monumento en su memoria en la ciudad de Río Cuarto, que es la de la leyenda de esa vasta región de la pampa, tan castigada por los indios, hasta una época en que también alcancé a ver sus crueldades [...]

Ud. verá no soy sino un ciudadano que conoce su país y algo de historia y no tiene más programa que transmitir a nuestros compatriotas lo que sabe porque si el mal antes era desierto hoy en [ilegible] es la ignorancia.

Consagro mis afanes á esa misión que me he impuesto y al Museo, que fundé y dirijo, y en el que veo a Ud. hace años diariamente, por lo que no me será fácil olvidarlo.

Los anteriores párrafos personales no son sino para que sepa Ud. que algún mérito puede dar á mis apreciaciones sobre su obra, que la cito á menudo, que recomiendo su lectura y que ahora está en manos de los veteranos, que he agregado al servicio establecimiento para ayudarlos en sus necesidades y suavizarles la indiferencia con que los miran en sus últimos años.¹¹

La postura del primer director del Museo Histórico Nacional es transparente y no necesita traducción. Sí nos resulta interesante volver sobre una idea nodal para la institución, pero, sobre todo, para la imagen de nación que desde allí se buscó recrear: la llamada Conquista del Desierto funcionó, en términos simbólicos, como el gran *mito de origen* de la organización nacional argentina (Lévi-Strauss, 1995). Porque si bien la «fecha de nacimiento» elegida, tal y como vimos párrafos atrás, fue la Revolución de Mayo y las

¹⁰ Ignacio H. Fotheringham [1842-1925] fue un militar de origen inglés que participó de la guerra contra Paraguay y, luego, durante la llamada «Conquista del Desierto».

¹¹ Carta de Adolfo P. Carranza al Gral. Ignacio H. Fotheringham. S/F. Por las tachaduras, lo más probable es que sea un borrador del original. Correspondencia. FAPC. AH. MHN.

posteriores Guerras de Independencia, el avance sobre la frontera indígena y la posterior anexión de los territorios controlados por las diversas poblaciones originarias funcionó, fácticamente, como un gran aglutinante de sentido tendiente a construir alteridad y, por ende, identidad.

Cuando Carranza se quejaba ante Fotheringham acusando a «los muchos que usufructúan hoy con grandes ventajas estos campos regados con la sangre de los soldados de la patria y de la civilización» no sólo estaba describiendo el papel iniciático que supuso la «guerra contra el salvaje» en términos de *rito de pasaje* desde el estadio de salvajismo hacia el opuesto de la civilización,¹² sino que, además, estaba reconociendo, tal vez sin proponérselo, el lugar primordial que dicho proceso ocupó en tanto *método idílico de la acumulación originaria* durante la Organización Nacional (Marx 1867/2008). A partir de que la población nativa fue «(...) expropiada por la violencia, expulsada de sus tierras y reducida al vagabundaje» (Ibidem, p. 922) es que se constituyó el *fundamento* de todo el proceso a través del cual se daba por realizada la incorporación de aquellas tierras a la producción local y al mercado internacional en un marco de producción capitalista junto, claro está, con la consolidación de una potentada clase de propietarios terratenientes. De ahí que Adolfo Pedro Carranza se manifestara tan ofuscando cuando, de acuerdo con su visión, existía entonces un «olvido censurable» por parte de los gobiernos para con los «héroes de la guerra contra el salvaje». Su idea de erigir un monumento en memoria de aquellos «héroes» en la ciudad de Río Cuarto e, incluso, la propia fundación del Museo Histórico Nacional, formaban parte de «(...) esa misión que me he impuesto y al Museo, que fundé y dirijo» a la que él mismo se consagró.

Pero hay más, Carranza escribió, el 30 de octubre de 1912, una respuesta a Wenceslao Tello publicada bajo el título «La nueva raza».¹³ Lo expresado en la misiva es tan relevante y elocuente a los fines de este trabajo, que resulta fundamental ahondar en su contenido. Allí, sostenía la siguiente tesis: en nuestro país había una «nueva raza» y ésta se estaba desarrollando como una «lógica consecuencia de los elementos» que, desde la Conquista de América, «se acercan, se cruzan y se confunden, obedeciendo a leyes étnicas y sociales de la naturaleza». Por elementos, Carranza se refería a las diversas poblaciones que comenzaron a cruzarse a partir del período abierto con la llegada de los conquistadores europeos. De acuerdo con esta perspectiva, las poblaciones originarias «de raza cobriza» y las poblaciones europeas (en su mayoría hombres, claro está) «de raza blanca» se «mezclaron» de acuerdo al siguiente recorrido: primero lo hicieron en aquellas regiones donde el indígena era «manso y laborioso» (refiriéndose explícitamente al guaraní y al

¹² Entendido, en este caso, en términos colectivos y no ya individuales. Ver: Van Geneep, (2008) y Turner (1988).

¹³ Asuntos Políticos. FAPC. AH. MHN.

quechua) debido a que aquél «aceptó la dominación que se le impuso», y más adelante, habría de suceder lo mismo en las regiones controladas y habitadas por poblaciones originarias de cazadores y recolectores nómadas «más agresivas al invasor» pero que, a pesar de ello, fueron combatidas en largas y «tenaces» campañas militares, hasta que finalmente «cayeron vencidas por la inteligencia y el valor de los que dominarían tres siglos». Así, durante un largo período de tiempo, se habría elaborado un «cruzamiento de razas» que, hacia el siglo XVIII, derivó en el «tipo criollo» gracias al efecto «refinado» de la «mestización». Este hecho, siempre según Carranza, resultó en una cualidad característica de este nuevo «tipo racial» que impactó de lleno en su individualidad: creó una falta de estima hacia el español y un sentimiento de superioridad hacia el indio. Dicho rechazo al español, «su progenitor», era explicado debido al desprecio y crueldad que manifestaba aquél hacia la mujer indígena, a pesar de su «unión». Dicha actitud, que era vista por el vástago, infiltraba en su alma «lástima para la víctima y mala voluntad para el causante». Situación está que estallaba en rebelión a partir de la segunda generación de descendientes, dado que eran ya un producto completamente mestizo y carecían de vínculo con el conquistador.

La tesis de Carranza continúa afirmando que los «rasgos primitivos» de esta «nueva raza» irían declinando a medida que se incrementara la sangre europea (hecho que daba por sentado). Así, el siglo XIX dejaría atrás el «silencio y la ignorancia» para dar paso a la actividad en los «negocios, la instrucción y el establecimiento de instituciones de justicia, comercio y cultura». Surgía entonces el americano «inteligente y ansioso de ilustrarse» que, en este nuevo período «de la evolución» formaba un pueblo que alcanzaba ahora a sentir la fuerza y la conciencia suficientes para «romper las ligaduras que los atan» y «proclamarse iguales y libres». Es sumamente interesante destacar el modo en que Carranza se encargó de caracterizar, en esta teoría racial, a la «nueva raza» que luchó contra los elementos de la «raza europea» durante la guerra de independencia. Quienes combatieron se habrían presentado como defensores de la «raza indígena» pero sin llamarla a una causa común. Es decir, no permitieron que los indígenas participaran en la acción, quienes se mantuvieron como «espectadores indiferentes» aun cuando comprendiesen «de qué lado estaba su conveniencia». Ya sea que «el sufrimiento de la dura dominación colonial los había embotado o que mirasen con desconfianza a los innovadores», los indígenas habrían terminado aceptando los resultados de la guerra de forma pasiva: «en unos casos quietos y aumentando su raza» y en otros «altaneros y combatientes», caso este último que «obligó a contenerlos y aun a reducirlos escarmentándolos severamente». El período siguiente habría estado signado, siempre según esta tesis, por cincuenta años de anarquía y caudillaje, «producto sin duda de la falta de educación de las masas para asegurar la libertad y el orden». Hasta que, finalmente, el flujo migratorio de ultramar habría provocado en nuestro

país una fusión que, a través del efecto del registro civil, la escuela y la conscripción, terminó por consagrar un nuevo tipo racial: «el argentino». Nuestro «progreso» como nación era explicado así gracias «al caudal que nos trae la civilización, principalmente europea».

Antes de concluir su epístola, Carranza se encargó de aclarar que no olvidaba el aporte de la «raza negra». Según él, aquella «ni fue mucha, ni salió del litoral» y, a pesar de que efectivamente «se mezcló, tienden a borrarse sus vestigios» hasta desaparecer, legándonos el recuerdo de su «fidelidad a sus superiores» y de su «amor a la patria», «en cuyas guerras no esquivó sus servicios, y en la que sucumbió con heroísmo y sin quejidos». Creemos que los fragmentos transcritos de este documento son, por demás, elocuentes. La perspectiva esencialista y evolucionista (en los términos del llamado *darwinismo social*) bajo la cual Carranza entendía la «argentinidad» es fácilmente distinguible. Dentro de este esquema, tal y como dijéramos más arriba, la Argentina que se representó era heredera de la secuencia mítica Grecia-Roma-Europa, sumando a esta tríada el surgimiento de una nueva y flamante civilización, con su propio «tipo racial», único y original, que se sumaba al concierto de «razas humanas» preexistentes.

Conclusiones

La Argentina que se buscó encarnar en las salas de la institución se mostró como heredera natural de la secuencia mítica Grecia-Roma-Europa que estableció el primer patrón mundial de poder edificado a partir de la Conquista de América y organizó su esquema de dominación entre colonizadores y colonizados sobre la base de la idea de «raza». Precisamente, esta lógica segregacionista funcionó de base para la tesis racial que orientó el pensamiento y acción de Adolfo Pedro Carranza, primer director y figura principal del período fundacional de la institución. Así, la identidad que reflejó el Museo a través de sus salas, exhibiciones y patrimonio estuvo basada en un relato del pasado refractario hacia la inclusión de cualquier identidad étnica no europea que condenó a las poblaciones originarias de América y a las poblaciones de origen africano y afrodescendiente a existir por fuera del ideario nacional en tren de construir una tradición netamente blanca y europea.

Referencias

- Anderson, B. (2011) *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México: Fondo de Cultura Económica (trabajo original publicado en 1983).
- Bertoni, L. A. (2007). *Patriotas, cosmopolitas y nacionalistas*. Buenos Aires, Argentina: Fondo de Cultura Económica.
- Briones, C. y Delrio, W. (2007). La 'Conquista del Desierto' desde perspectivas hegemónicas y subalternas. *Revista Runa*, (27), pp. 23-48.
- Burucua, J. E. y Campagne, F. A. (1994). Mitos y simbología de la Nación. Los países del Cono Sur. En A. Annino, L. Castro Leiva y F. X. Guerra. *De los Imperios a las Naciones: Iberoamérica* (pp. 349-381). Zaragoza, España: Iber-Caja.
- Cattaruzza, A. y Eujanian, A. (2003). *Políticas de la historia. Argentina 1860-1960*. Buenos Aires, Argentina: Alianza Editorial.
- Corach, D. (2010). Mapa genético argentino. *Revista Encrucijadas*, (50), s/p. Recuperado de: http://repositorioubi.sisbi.uba.ar/gsd/collect/encruji/index/assoc/HWA_57.dir/57_2.PDF
- Devoto, F. (2003). *Historia de la inmigración en la Argentina*. Buenos Aires, Argentina: Editorial Sudamericana.
- Devoto, F. y Pagano, N. (2009). *Historia de la historiografía argentina*. Buenos Aires, Argentina: Editorial Sudamericana.
- Dussel, E. (1994). *1492: el encubrimiento del otro. Hacia el origen del "mito de la modernidad"*. La Paz, Bolivia: UMSA. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación Plural Editores.
- Lander, E. (2011). Ciencias sociales: saberes coloniales y eurocéntricos. En E. Lander, (Comp.). *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas Latinoamericanas* (pp. 4-23). Buenos Aires, Argentina: CICCUS.
- Lévi-Strauss, C. (1995). *Antropología estructural*. Barcelona, España: Editorial Paidós (trabajo original publicado en 1958).
- Marx, K. (2008). *El capital. El proceso de producción del capital* (t I, vol. 3). Buenos Aires, Argentina: Siglo XXI editores (trabajo original publicado en 1867)
- Muzzio, M., Motti, J.M.B., Paz Sepulveda, P.B., Yee, M.C, Cooke, T., Santos, M.R., et al. (2018). Population structure in Argentina. *PLoS ONE*, 13(5), e0196325. Doi: <https://doi.org/10.1371/journal.pone.0196325>
- Pegoraro, A. (2009) *Las colecciones del Museo Etnográfico de la Universidad de Buenos Aires: un episodio en la historia del americanismo en la Argentina 1890-1927* [Tesis de Doctorado]. Buenos Aires, Argentina Universidad de Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras. Recuperado de: <http://repositorio.filo.uba.ar/handle/filodigital/1388>
- Piazza, A. (1997). Un concepto sin fundamento biológico. *Revista Mundo Científico*, (185), 1052-1056.
- Podgorny, I. (1995). De razón a facultad: ideas acerca de las funciones del Museo de La Plata en el período 1890-1918. *RUNA*. 22 (1), 89-104.
- _____ (1998). Una exhibición científica de La Pampa (apuntes para una historia de la formación de las colecciones del Museo de La Plata). *IDEIAS*, 5, 173-216.
- Quijano, A. (2011). Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina. En E. Lander (Comp.). *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas Latinoamericanas* (pp. 122-151). Buenos Aires, Argentina: CICCUS. (Trabajo original publicado en 2000)
- Rapoport, M. (2010). *Las políticas económicas de la Argentina. Una breve historia*. Buenos Aires, Argentina: Booket.
- Turner, V. (1988). *El proceso ritual. Estructura y antiestructura*. Madrid, España: Taurus.
- Van Geneep, A. (2008). *Los ritos de paso*. Madrid, España: Alianza Editorial.